



8. Cosmovisión y antropología como determinantes de la psicología

Worldview and Anthropology as Determinants of Psychology

René Rogelio Smith¹

Universidad Adventista del Plata
Libertador San Martín, Argentina
renesmith.renesmith@gmail.com

Recibido: 22 de enero de 2025

Aceptado: 29 de julio de 2025

Doi: <https://doi.org/10.56487/5czytg02>

Resumen

Este ensayo se enfoca en la antropología basada en un hombre excluido del tiempo. En la carencia de recursos, los pensadores modernos se replegaron sobre sí mismos en busca de sentido. Pero este exige un tiempo que transcurra, única manera de diseñar una antropología con significado para sostener la psicología. Inconscientemente, las redes antropológicas subyacentes heredadas cargaron con presupuestos de cosmovisiones antiguas defectuosas que permanecieron vigentes. El artículo ofrece una invitación a observar la fuerza de las cosmovisiones en el modelamiento de la antropología y el rol de las presuposiciones que condicionan la imagen de hombre. La percepción del tiempo que una cosmovisión detenta es la pieza clave para otorgar sentido a la comprensión humana. Así, se exploran las vertientes antiguas que condicionaron la antropología occidental. En particular, se observan las presuposiciones del pensamiento hebreo y de la vertiente filosófica griega, cada una en su propio contexto de temporalidad. Las fragmentaciones de la imagen humana que marcaron la antropología occidental también condicionaron la psicología. A pesar de los replanteos históricos, aún hoy se paga el costo por los desfases del pasado.

Palabras claves

Antropología — Tiempo — Cosmovisión — Pensamiento hebreo — Pensamiento griego

¹ Dr. en Educación; profesor emérito.



Abstract

This essay focuses on anthropology with a man excluded from time. In the absence of resources, modern thinkers turned inward in search of meaning. But meaning requires the passage of time—the only way to shape a meaningful anthropology that can support Psychology. Unconsciously, the underlying inherited anthropological networks carried assumptions from defective ancient worldviews that have not lost their relevance. This article offers an invitation to observe the power of worldviews in shaping anthropology and the role of presuppositions that condition the image of man. The perception of time held by a worldview is the key element in providing meaning to human understanding. The essay explores the ancient currents that influenced Western anthropology. In particular, it examines the presuppositions of Hebrew thought and those of the Greek philosophical tradition. Both are addressed here within their own temporal contexts. The fragmentations of the human image that marked Western anthropology also shaped Psychology. Despite historical reconsiderations, today we still pay the price for past dislocations.

Keywords

Anthropology — Time — Worldview — Hebrew thought — Greek thought

Introducción

Cualquiera de las ciencias y acciones que abordan a la persona humana asume, consciente o inconscientemente, alguna imagen acerca del ser humano que la subscribe. A partir de allí, a veces se producen aciertos, pero también se instalan errores. En ocasiones, los fundamentos se disponen como complejos diseños teóricos; en otras, se asumen lineamientos prácticos que obvian los estamentos más profundos. Pero están ahí. Y, en definitiva, es el mismo hombre quien reflexiona sobre sí mismo, sin posibilidad de saber si las conclusiones lo favorecen o si implican su deterioro.

¿Qué es el ser humano? Lo estudian los psicólogos, lo persuaden los medios, lo llaman los templos, lo venden los mercados... Una trama social sostiene la dinámica humana, pero la búsqueda por comprender su naturaleza no ha concluido.

Sobre el misterio humano, muchas veces se ha actuado por ensayo y error. Sin embargo, este proceder siempre fue un riesgo. Aunque la urgencia apremie y cuente con el aval social de la emergencia, actuar por ensayo

y error descarta luego a quienes resultaron devastados en los procesos fallidos. Producir desechos humanos que resultan de tanteos y pruebas es perversión.

Desde ya, esto es fundamental y medular para el desarrollo del campo de la psicología. Entonces, ¿podría decirse que hoy tenemos una mejor comprensión de lo humano? La incursión en el campo de la antropología adquiere una importancia urgente, dada la complejidad de los desafíos contemporáneos. Aunque no es posible abordarlos todos aquí, el objetivo consiste en adentrarse en los ámbitos de las cosmovisiones antiguas que diseñaron las imágenes del ser humano y observar la vigencia de algunos de sus postulados, a fin de capitalizar, en lo posible, sus aciertos y señalar la precaución en las reconfiguraciones de riesgo.

Al inicio de estas reflexiones se seleccionarán algunos ensayos representativos que han intentado explicar la condición humana. Este breve panorama servirá solo como planteo introductorio. A continuación, se propondrá un marco metodológico basado en las presuposiciones que emergen de las cosmovisiones, las cuales se sustentan en convicciones y creencias. Este enfoque, articulado desde la noción de tiempo que cada cosmovisión resguarda, puede abrir un horizonte comprensivo viable. Una vez establecidas las bases del estudio, se abordará la naturaleza humana desde dos cosmovisiones antiguas, aún parcialmente vigentes, considerando su particular percepción del tiempo. Aunque no se recorrerá exhaustivamente su desarrollo histórico, su revisión resulta indispensable, dado que todavía influyen en la conciencia occidental.

Algunas vetas de este ensayo quedarán abiertas para una exploración posterior.

En tiempos de desconcierto

A lo largo de la historia, cada antropología ofreció la esperanza de revelar el misterio humano, pero las distintas concepciones del tiempo en que se inscriben generaron variaciones profundas. La psicología se apoya en estas perspectivas y también puede ser su promotora. Aunque los modelos tradicionales cambiaron, persisten rasgos antiguos. Las reflexiones contemporáneas han ido generando tendencias sin certezas (Reynoso,

2015; Sánchez Meca, s. f.). Estas, sujetas a conceptos de tiempos confusos, condenaron el horizonte de la antropología al escepticismo.

En esta condición, Heidegger vio al hombre como arrojado (*Geworfenheit*) al mundo, sin sostén alguno; a la intemperie, sujeto a la nada (Heidegger, 2021). Con frecuencia, los aportes de la reflexión solo alcanzaron a describir los deterioros humanos, sin contar con los apoyos de cotejo para evaluarlos o superarlos.

El espectro actual es amplio. Biung-Chul Han (n. 1959), por ejemplo, centra su análisis en el desgaste que carga el ser humano. Los hombres perdieron la experiencia de la temporalidad y se caracterizan por un agotamiento patológico, obsesionados por ser efectivos y producir. Hoy, el tiempo de las personas es siempre el mismo: cada momento es idéntico y monótono. Ya no conocen el para qué de las cosas. Ya no existe un sentido o un significado. El tiempo huye porque nada concluye (Han, 2015). Los hombres están cansados (Han, 2012). Las personas andan disgregadas, fragmentadas, desconcentradas, siempre distraídas (Han, 2014). Luego se fagocitan a sí mismas. Aunque Han presupone la efectividad de algunas medidas de reversión, estas titubean cuando se trata de proveer aquello que falta. Y la esperanza se diluye porque caduca el tiempo que la despliega.

Por su parte, Giorgio Agamben (n. 1942), bajo el peso de la realidad humana en el infortunio, delinea sus elaboraciones a partir de la “nuda vida” (Agamben, 1998). Limitada la antropología a su dimensión biológica, reflexiona desde la biopolítica y las relaciones de poder. Al ser humano lo ve privado de dignidad y de derechos. Mientras la biopolítica administra la vida desde el Estado, el ejercicio del poder también puede suprimirla. La diferencia entre la vida biológica y la vida política se borra, mostrando la precariedad y la fragilidad de la condición humana. Al fin, la vida queda sometida a la destrucción y a la muerte bajo las condiciones del poder que se presupone soberano.² La muerte no es, entonces, una circunstancia biológica, sino, fundamentalmente, política. Considerar

² Michel Foucault lo puntualizó como el *biopoder*. Se trataría de la administración y gestión de la vida y de la muerte de lo humano en su conjunto. Véase Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad* (vol. 1). Siglo XXI.

al hombre como mera vida lo despoja de su contexto cultural, social o político. Finalmente, este pasa a ser un residuo que se puede exterminar sin que el problema sea jurídicamente reprochable (Agamben, 1998). A su vez, el desarrollo del humanismo habría sido, según Agamben, un medio para esconder o dilatar el advenimiento de la gestión planetaria de la vida. Su antropología enfatiza el deslucimiento del tiempo. Desde este, a modo de rebelión, propone la necesidad del regreso a un tipo de tiempo sagrado para interceptar las formas de control instaladas durante las épocas. Su visión del tiempo incluye la posibilidad de su interrupción y de su reconfiguración, abriendo espacio para la transformación. Aunque los planteos de Agamben abren una exposición penetrante de la naturaleza humana profanada, no alcanzan a delinear una antropología con capacidad reconstituyente.

Por causa de la misma naturaleza humana, parece difícil fijar los cauces legítimos para establecer un proyecto de esperanza que pueda ser validado por el tiempo que esta requiere.

En la Modernidad se consolidaron antropologías influyentes, aunque sus raíces se remontan a modelos anteriores. Algunas propusieron una cercanía entre humanos y animales; otras se orientaron hacia lo social, y otras mantuvieron la relación con lo divino. Así surgieron antropologías basadas en la evolución biológica (Darwin, 2019), social (Marx, 2022) y teológica (Teilhard de Chardin, 2019), todas nacidas de distintas cosmovisiones.

Por su parte, cualquier tipo de evolución presupone un formato de tiempo, obligatoriamente implícito en el concepto mismo de evolución (pues solo sería posible evolucionar en el tiempo), y que condicionaría a la antropología y a las disciplinas afines. Pero, en este caso, se activó un tiempo pasado tan remoto que fue imposible hallar las finalidades futuras de la vida, salvo por vía de la imaginación. Fue un recurso arbitrario que permitió excluir el tiempo e instalar uno similar paralelo, que no es tiempo. Cualquier tiempo, sea cotidiano o de extensión mayor, tiene comienzo y fin. Sin embargo, para mantener el tiempo pasado en silencio y asumir el tiempo futuro todavía ausente, se simuló un tiempo copiado de aquel que estaban negando. Plagio. Ello fue un arbitraje intelectual imaginario.

En el vacío abierto, se ideó un tiempo con un pasado y un futuro gratuito, sin costos. Sobre él se asentó una antropología para un tiempo desconocido. Esta configuración prosperó a la sombra de una presuposición básica: el progreso indefinido de la Modernidad. Así las ciencias humanas permanecieron a la deriva, sin finalidades. (Los fines exigen tiempo; esta es su peculiaridad). En este contexto, “... la evolución, la social incluida, no tiene esencialmente un propósito, sino que es un proceso azaroso que no conduce necesariamente a la humanidad” (Beriaín, 2008, p. 31).

En el desconcierto, Beriaín (2008) afirma que

la modernidad no tiene otra salida, no tiene más remedio que echar mano de sí misma. [...] La modernidad es una época históricamente única, “*remite sin excepción a sí misma*”, no tiene imágenes previas a las que remitir sus proyectos de futuro. (p. 54)

De este modo, marca un rumbo circular, carente de destino. Sobre este vacío se sustentaron diversas antropologías.

Los pensadores de cualquier época no se desempeñaron en soledad. La compaginación de una masa crítica de ideas, acertadas o no, siempre les dio sostén. Esta fue producto de sucesivas realimentaciones a las que se fueron añadiendo novedades imaginarias, sin poder prever las consecuencias.

Todos los intentos de los ensayos anteriores, y los que le siguieron, se sustentaron en presuposiciones derivadas de distintas cosmovisiones. El concepto de tiempo siempre estuvo implícito y así se fueron diseñando modos de comprender al hombre. Arendt (1906-1975), por ejemplo, se explayó en la condición humana. Buber (1878-1965) planteó una antropología relacional. Scheler (1874-1928) buscó el puesto del hombre en el cosmos. Freud escudriñó aquello que permanece oculto. Nietzsche (1844-1900) trató de diseñar al superhombre. El espiritismo moderno alojó al ser humano en el misterio. Durante la Edad Media lo santificaron y lo demonizaron al mismo tiempo. Los griegos antiguos le negaron el tiempo y el espacio. Pero hubo mucho más. ¿Fueron válidas todas las propuestas? Las antropologías no surgieron como fenómenos originales e

impolutos. Fueron herederas de construcciones anteriores. Muchas veces dejaron a las personas a la deriva.

A pesar de las variaciones, también se fueron vislumbrando basamentos oportunos de los cuales se sirvieron la psicología y sus disciplinas afines. Pero la incertidumbre prevalece. Los humanos hemos cargado a este ser, sin saber con certeza si se trata del ser humano o no. Y es una audacia temeraria intervenir sobre la persona para atender sus necesidades, sin conocer sus peculiaridades. Los cabildeos antropológicos siguen. Muchas de las incertidumbres actuales se generaron en las cosmovisiones antiguas, hoy todavía vigentes.

La cosmovisión como ámbito de búsqueda

Esta sección funciona como un paréntesis necesario, ya que sustenta el desarrollo posterior del ensayo. Frente a la diversidad de antropologías actuales y la búsqueda de una plataforma antropológica válida para la psicología, se destaca el papel de las presuposiciones originadas en las cosmovisiones. También será clave considerar las convicciones y creencias que las sostienen (véase el anexo). Aunque estos elementos actúan de forma integrada, se presentarán por separado con fines didácticos.

Las presuposiciones

Las presuposiciones son afirmaciones axiomáticas que se dan por ciertas y que proveen los puntos de anclaje para la reflexión. Se trata de premisas iniciales preteóricas (Kerbs, 2014) que proporcionan direccionalidad a la antropología. Estos formatos del conocimiento prerreflexivo actúan como telón de fondo de la psicología en particular. Siempre llevan una concepción de tiempo implícita.

Las presuposiciones aparecen justamente en el limbo que se sitúa entre el nivel no consciente del acto mental y el nivel percibido; en este último, las personas son conscientes de la reflexión que opera.

Son postulados implícitos que se dan por sentado, sin que sean necesariamente expresados. Si alguien, por ejemplo, plantea la posibilidad de recuperación de una persona con un trastorno mental, presupone

la existencia de un ser humano tipo, en estado saludable. Se trata de un conocimiento naturalizado para quien lo posee, aun sin necesidad de verbalizarlo.

Las presuposiciones emergen de un denso entramado cognitivo infra-consciente: la cosmovisión.

La cosmovisión

Si las presuposiciones derivan de la cosmovisión, ¿qué es esta? Dilthey (1833-1911) fue uno de los primeros en incorporar este concepto a las disciplinas humanas. La entendió como una captación abarcadora de la realidad que se configura en relación con la cultura, la historia y la experiencia personal. Con su concepción de tiempo, enfatizó la experiencia vivida, la historicidad y los vínculos entre pasado, presente y futuro (Dilthey, 2008).

La cosmovisión es un complejo sistema de sentidos, entretejido con saberes, ideas, valores y emociones, propio de las personas y de los grupos humanos, permeado por un concepto de tiempo imperceptible, pero siempre implícito. Opera también en el plano no percibido. Su concepto es tan dominante que, con frecuencia, se la vincula con las demás instancias del nivel no percibido, como una totalidad sin distinciones.

La cosmovisión es provocativa y condiciona las presuposiciones que luego concretan el pensamiento consciente. Pero su montaje tiene raíces profundas que escapan de la lucidez racional. Así, "... nos gobierna la inercia de una serie de procesos cósmicos, históricos y culturales que nos dominan, y que apenas dejan una reducida capacidad de maniobra" (Serna Arango, 2009, p. 123). Se trata de una visión omnicomprensiva de la realidad que ordena (y a veces desordena) los conceptos fundamentales y las categorías maestras de la inteligibilidad que subyacen a la razón. Es anterior a la razón. Aunque todos pretendemos hacer una lectura realista y racional de cuanto existe, no somos conscientes de que nuestras percepciones de la vastedad existente están supeditadas a la interpretación. Esto provoca que las reflexiones racionales, filosóficas, tan diligentemente desarrolladas a lo largo de los siglos, tengan menor trascendencia que la cosmovisión que la sustenta, ya que son su resultado.

En este trayecto, los procesos mentales intentan responder las grandes preguntas existenciales y explicar, a su modo, la condición humana. Su constitución es dinámica, tanto que se autoimpulsa mientras procura afirmar sus contenidos dentro de ella misma. La cosmovisión se defiende a sí misma y argumenta a su favor para mantener la coherencia interna. Los elementos espurios que también la componen generan una tensión permanente. De este modo, opera mediante un ejercicio no consciente que pretende neutralizar las contradicciones, manteniéndose activa a través de estructuras lógicas que ella misma produce. Por eso, su validez no es necesariamente racional (Dobelli, 2012). Incluso puede estar conformada por elementos ridículos.³ Funciona según una lógica en la cual fuimos domesticados, que no es precisamente razonada. Aunque no esté sistematizada metódica ni racionalmente, la cosmovisión sistematiza y condiciona el razonamiento. Así constituye un sistema de comprensión ordenador (o des-ordenador) integrado por narraciones globales supra-humanas (aunque de origen humano), aun cuando seamos extremadamente rigurosos con los procesos del pensamiento. Por esta razón, la antropología que sustenta a la psicología (nivel percibido, consciente) debería incluir, hasta donde sea posible, las raíces del nivel no percibido de las operaciones mentales.

Por su parte, la cosmovisión es un legado obligatorio del nivel infra-consciente, fruto de la necesidad humana que procura encontrar sentido para todo. Aunque no nos proponemos “tener” una cosmovisión, todos tenemos una. O, más bien, ella es quien nos tiene a nosotros; nos sustenta aun siendo de nuestra propia creación. Por eso no siempre indica el camino “correcto” de la reflexión, sino solamente por dónde pensar.

La percepción del tiempo está entretejida con todos los elementos de la cosmovisión y expresa los recorridos temporales que señalan el origen y el destino de todas las cosas.

³ En el ámbito de la psicología, es conocida una narración que se despliega en un consultorio. Un paciente con desequilibrio mental visita a su psiquiatra. Mientras transcurre la entrevista, el paciente chasquea sin parar los dedos. El médico le pregunta: “¿Por qué hace ese chasquido?”, a lo que el paciente responde: “Es para ahuyentar a los leones”. El profesional replica: “Pero no hay leones aquí...”. Satisfecho, el paciente contesta: “¿Vio que funciona?”

Convicciones y creencias

Tanto las presuposiciones como la cosmovisión se alimentan de espacios más profundos, también escondidos en el nivel no consciente: las convicciones y las creencias (véase el anexo).⁴

Las convicciones son exigencias no conscientes que se consolidan a través de experiencias significativas en contextos temporales y se mantienen con firmeza. Constituyen estados más bien rigurosos, hondamente ligados a la identidad y a los principios de las personas, que se reafirman constantemente. Configuran un atlas de explicaciones verdaderas y falsas que el pensador no distingue y que sostienen a la cosmovisión.

Por su parte, las creencias hacen referencia a lo que es considerado real o verdadero, sin necesidad de una evidencia empírica o lógica. Por lo general, se adquieren en los procesos de socialización —en la familia, la escuela, la iglesia, los medios—. Aunque pueden modificarse parcialmente con nuevas experiencias o informaciones, se basan en postulados no demostrables. En este estrato se gestan, sin embargo, las estructuras significativas básicas desde las cuales procesamos el conocimiento. Allí nacen, entre otros, los conceptos primordiales referidos al ser humano. Suelen expresarse con fórmulas como “estoy seguro de que” o “creo en”.

Las creencias pueden agruparse en tres ámbitos fundamentales: la *divinidad*, el *cosmos* y el *ser humano*.⁵ Presentes en toda cultura y ligadas a percepciones temporales propias, estas áreas se entrelazan formando un entramado de certezas y ficciones difícil de distinguir. Las creencias sobre lo divino, incluso en contextos ateos, son centrales; las del cosmos sostienen la conciencia del tiempo; las del ser humano se construyen desde la autopercepción y el entorno social. Estas dimensiones se articulan mediante los sentidos, las emociones, las representaciones comunitarias y las ficciones, impactando directamente en la búsqueda de sentido.⁶

⁴ Véase “Conviction” y “Belief”, en Zalta, E. N. (ed.). (s. f.). *Stanford encyclopedia of philosophy* [en línea]. Metaphysics Research La.

⁵ Véase Kerbs, R. (2014). *El problema de la identidad bíblica del cristianismo*. Adventus, Editorial Universitaria Iberoamericana, p. 35.

⁶ Véase Kerbs, R. (2023). *Deconstrucción de la teología cristiana II* (tomo A). Editorial Universidad Adventista del Plata, p. 19.

Recapitulando, el conjunto de *creencias* acerca de Dios, del cosmos y del hombre establecen las bases primordiales de los procesos mentales. Estas creencias, condicionadas por la percepción de tiempo, fundan la antropología. Así, independientemente de cualquier aparato de control externo —excepto el de la sociedad que las vigila—, las creencias se organizan como un conjunto de *convicciones* que van configurando una visión general, un entramado denso y complejo que alimenta a la *cosmovisión*, de la cual luego se desprenden las *presuposiciones*. Esta última instancia sostiene el conocimiento que luego se procesa de manera consciente. Sin embargo, como dichos postulados previos combinan inconscientemente verdades y falsedades, generan tramas tanto válidas como inválidas, sin capacidad de diferenciarlas.

El núcleo duro de toda esta trama no racional es siempre la cosmovisión, con elementos considerados saludables y con errores que se filtran en el proceso de quien piensa, sin advertirlos. La antropología no tiene otro asidero fuera de la cosmovisión. Entonces surge la pregunta: ¿cómo establecer la seguridad de la reflexión sobre el ser humano? El nivel no percibido es tan incisivo, misterioso y traicionero que siempre recurre a sí mismo para sostenerse. Dicho de otra manera, la cosmovisión genera justificaciones propias para legitimarse. Esto parece configurar un círculo vicioso que nada aporta o, en todo caso, promueve mayor confusión. Aquí estamos en los límites del conocimiento, no podemos ir más atrás ni más lejos. ¿Existe algún recurso para zanjar este problema?

El tiempo como recurso de validación

En su peculiar condición, todas las cosmovisiones tienen las mismas posibilidades de validez. Todas se defienden a sí mismas y utilizan sus propios recursos para sostenerse. En ese sentido, ningún pensador puede asumir la neutralidad para examinar su cosmovisión o para compararla con otras. Tampoco existe un régimen cognitivo humano supremo desde el cual juzgar. Siempre que consideramos alguna otra cosmovisión, la interpretamos, indefectiblemente, desde la nuestra. ¿Existe, entonces, alguna posibilidad de hallar una cosmovisión segura?

Como ya se señaló, toda cosmovisión siempre está atravesada por una concepción de tiempo; este la permea. La idea de tiempo siempre queda tan instalada y oculta como todos los demás componentes de la cosmovisión. “Si asumimos el tiempo como tiempo lineal o plural, como tiempo sucesivo o simultáneo, como tiempo abstracto o concreto, la construcción del mundo no sería la misma” (Serna Arango, 2009, p. 21). El tiempo es cómplice de las cosmovisiones. La manera de entender el tiempo ofrece un tipo de interpretación que el aparato oculto gestiona en el nivel no percibido. De no ser así, todos los contenidos profundos del discernimiento se reducirían a abstracciones inútiles. El tiempo es la carretera del pensamiento; sin él, la reflexión carecería de sentido. De allí que la nihilización del tiempo implique también la nihilización de la realidad, la pérdida de orientación y el vaciamiento antropológico. El concepto de tiempo que forma parte de las cosmovisiones las impregna y marca la distinción. “... Cada cultura es ante todo una experiencia de tiempo...” (Agamben, 2007, p. 131). No hay antropología sin tiempo, salvo que se excluya al hombre.

La percepción del tiempo futuro puede, a su vez, constituirse en prueba de consistencia. Esto parece extraño, dado que el futuro siempre está ausente. Pero, de manera invariable, cualquier cosmovisión tiene proyección temporal venidera sobre construcciones sensiblemente ausentes. Pensar el porvenir implica siempre previsiones (o predicciones) implícitas en las cosmovisiones. Aquella que puede penetrar el futuro con tal precisión que, llegado el momento previsto, concluya en cumplimiento, incrementa su nivel de sustentabilidad.⁷ Observar los acontecimientos previamente anunciados y luego confirmados legitima una cosmovisión como fundamento seguro. La profecía —la anticipación— que luego se cumple en el tiempo promueve el vigor de tal cosmovisión. Una cosmovisión que tiene un compromiso con el futuro, con previsiones de cualquier índole que se verifican, es altamente confiable porque sustenta el conjunto de los demás elementos que la componen, incluida la antropología.

⁷ Si, por ejemplo, el fin del mundo que los mayas profetizaron para el año 2012 se hubiese concretado, sería un indicio de aval para las demás creencias mayas porque el tiempo las atraviesa a todas.

Por otra parte, cuando el cumplimiento de las anticipaciones fracasa, cualquiera sea la trama, esa cosmovisión es falsa. La conexión de los relatos anticipados y cumplidos interesa como matriz de legitimación de la cosmovisión. Este aspecto temporal brinda seguridad para avanzar con la desmitificación de los procesos históricamente acumulados sobre la comprensión del ser humano.⁸

Lo planteado hasta aquí nos conduce a revisar las raíces de nuestra cultura, marcada por dos cosmovisiones antiguas notables que configuraron el derrotero del pensamiento occidental: la perspectiva hebrea antigua y la griega. “Hebraísmo y helenismo: entre estos dos puntos de influencia se mueve nuestro mundo” (Beriaín, 2000, p. 143).

Las raíces lejanas del pensamiento occidental modelaron nuestro presente. Sus hebras principales se mantuvieron, a pesar de las muchas formas que las modificaron, ajustaron y reconfiguraron. Pero sus cosmovisiones sostuvieron concepciones del tiempo distintas.

El hombre del tiempo y las cosmovisiones antiguas

Si la percepción del tiempo orienta la legitimidad o la invalidez de las cosmovisiones e incide en la imagen de hombre, conviene considerar brevemente las vertientes que aún mantienen vigencia en Occidente: la cosmovisión hebrea y la griega. Dado que existen extensos tratados académicos sobre ambas, lo que sigue rescatará únicamente aquello que interesa aquí.

Es importante recordar que la percepción de la temporalidad hebrea no fue asumida como una construcción humana.⁹ Los fundamentos antropológicos tampoco fueron confecciones de la razón, aunque la razón los acogió a partir de la revelación. Luego generó una filosofía propia y

⁸ Se amplía esta reflexión en Falconier, M. (2004). “La cosmovisión bíblica y su elemento predictivo como referente orientador de la reflexión pedagógica”, *Enfoques*, 16, 127-140.

⁹ Estudios profundos procuraron detectar los antecedentes históricos del tiempo hebreo. Al no hallarlo, queda por admitir que no se estableció por iniciativa humana. Véase Bacciocchi, S. (1977). *From Sabbath to Sunday: A historical investigation of the rise of Sunday observance in early Christianity*. The Pontifical Gregorian University Press.

una imagen del ser humano coherente con un tiempo revelado. Por su parte, la temporalidad griega fue acomodada fuera del tiempo. Este fue negado para poder dar curso a la razón abstracta que supuestamente atendería al hombre.

También resulta necesario reconocer dos notas distintivas referidas al hombre mismo y su tiempo desde la cosmovisión hebrea en comparación con la griega. La primera lo entendió como una unidad indisoluble, sin fragmentaciones posibles, que se desplaza en el tiempo. Además, lo concibió siempre como un ser relacional, que requiere tiempo para mantener sus vínculos. La perspectiva griega, en cambio, ansiosa por resolver el enigma humano y en diálogo con la mitología vigente, disoció la naturaleza del hombre. De los diversos ensayos, prevaleció un dualismo antropológico que separó al hombre en cuerpo y alma. Asimismo, bajo los procesos de abstracción que luego impuso la filosofía, el ser humano permaneció en soledad.

Estas peculiaridades marcaron, entre otros aspectos, las antropologías propias de Occidente derivadas de ambas cosmovisiones.

Desde la cosmovisión hebrea

Anudamos aquí con la antigüedad remota. A partir de la cosmovisión hebrea monoteísta, Dios, como creador y sustentador de toda la realidad, no estuvo sujeto a construcciones sociales. Tampoco lo estuvieron el concepto acerca del cosmos ni el sentido del hombre. Los tres ámbitos —Dios, cosmos y hombre— estuvieron entrelazados. La relación del hombre con Dios fue firme desde el momento de su origen: Dios lo crea a partir de los elementos del cosmos. Luego, el vínculo del hombre con el cosmos se afianzó cuando este asumió la tarea de cuidar la naturaleza. Finalmente, el nexo del hombre con el prójimo se concretó cuando se unió en amor con su semejante.¹⁰ Los vínculos fueron entendidos en un contexto temporal. Por su parte, el tiempo que transcurre fue considerado un ordenador físico y metafísico que debía permitir los vínculos del bien.

¹⁰ Génesis 1 y 2.

Siguiendo el relato de Moisés en el Pentateuco, la percepción del tiempo comulga con los eventos de la creación. El tiempo comienza con los orígenes. El origen implica tiempo. Este es el punto clave que muchas cosmovisiones pasan por alto: sin origen no hay tiempo; tampoco habría tiempo para pensar el tiempo. Nada podría existir, ni siquiera una persona que, para pensar el tiempo, debe transcurrir temporalmente. Desde esta mirada, es arrogancia negar un tiempo que, sin embargo, se usa para negarlo. Por eso, desde la perspectiva hebrea, también es perverso negar la creación y usufructuar el tiempo creado para refutarla. Si el ser humano fuera abordado sin tiempo, quedaría acorralado en un campo de litigio, sin esperanza, porque esta solo es posible cuando se percibe un tiempo durante el cual una expectativa se cumple.

Para la mente hebrea, la acción creadora de Dios originó a las personas en el tiempo. Por eso es necesario considerar al ser humano en el marco de la duración intencionada, mientras fueron apareciendo las definiciones de la creación en el transcurso de siete días. Su estructura original y firme se basa en una secuencia de siete etapas creadas y ordenadas de tal manera que los sucesivos eventos de la vida en surgimiento fuesen legalmente posibles. Para que el tiempo se mantuviera seguro en el marco de un Dios creador, la semana concluyó con la creación de un epílogo temporal, la séptima etapa, en memoria del creador de las etapas anteriores. Con esta semana inicial de siete días quedó establecida la unidad histórica fundamental, incluida la creación del ser humano. Este compendio final cohesionó todo y remite al Creador, quien hizo que el tiempo comience, transcurra y se consolide en el séptimo día para el descanso.¹¹ Desde allí, el sábado debió ser atendido en el tiempo y no fuera de él, en todas las semanas hasta el presente. Solo la semana completa es tiempo. Esta peculiaridad no es negociable. Evitar uno de sus días o intercambiarlos implicaría la banalización del ser humano, porque este transcurre en el tiempo. Sin la fundación del sábado como tiempo, caducan todas las fundaciones de los tramos previos, incluida la creación del hombre. Esta singularidad condiciona la antropología.

¹¹ Génesis 2:1, 2; Éxodo 20:8-11.

El hebreo entendió que el transcurrir del tiempo es una creación continuada que va apareciendo. No existe el día de mañana, sino únicamente cuando Dios lo crea. Cuando una semana concluye, no se repiten sus días en la siguiente. En este marco, los días que siguen son nuevas creaciones temporales en las que todo lo creado se despliega como un gran bien. En él no hay reiteraciones ni superposiciones, porque atrofiarían la creatividad que cada nuevo día trae. También atrofiarían al hombre, su salud emocional, física y espiritual. Tampoco existe el próximo sábado, sino solamente cuando los inexorables estatutos de la sucesión lo hacen aparecer. Por eso, para los hebreos, la semana que va de domingo a sábado no puede ser alterada. Quitarle un tramo a esa continuidad (por ejemplo, eliminar o ignorar el séptimo día de la semana) la desarticula, destruye la conciencia acerca de Dios, desmantela la percepción del cosmos y anula al hombre.¹² Una antropología fuera de este contexto, separada del tiempo, es atrevimiento que la licúa y la vuelve inútil. Si este último tramo creado, el sábado, se altera, destruye la concepción de tiempo y se dispersa la temporalidad del hombre. Luego, el ser humano sería nada. Este enfoque, históricamente descuidado, puede relacionarse con una psicología que no consigue instalar la esperanza que requiere el tiempo que se le niega. Descubrir el tiempo es una dimensión terapéutica.

El sábado no es un feriado semanal, sino el que actualiza la realidad a partir de un Dios que crea. Este verifica y fortalece los tres grandes vínculos relacionales —Dios, hombre y cosmos— y les da sentido.¹³ Para el hebreo, el incumplimiento de la observancia del sábado como reposo deriva en una metafísica perdida y en una psicología defectuosa para nuestros tiempos.

Conservando el tiempo, los hebreos también conservaron sus orígenes. Los politeístas lo perdieron.¹⁴ Una vez instalado el infortunio, a pesar de la desdicha, los hebreos anticiparon la extinción del mal desde la

¹² Véase White, E. (2018). *El conflicto de los siglos*. ACES, p. 491.

¹³ Véanse los tres ámbitos presentes en el cuarto mandamiento de la ley hebrea en Éxodo 20:8-11.

¹⁴ Véase Berdiaev, N. (1979). *El sentido de la historia*. Ediciones Encuentro, cap. 5.

temporalidad, nunca fuera de ella. Y eso fue posible porque conservaron el tiempo que la esperanza exige. Esto también es terapéutico.

Cuando se admite la persistencia del tiempo que acompaña a la creación, cobra sentido el tiempo profético que permea la cosmovisión hebrea y la vuelve creíble. Las anticipaciones proféticas cumplidas certifican la validez del tiempo y todo lo que de él depende. Las previsiones hebreas se cumplieron y siguen cumpliéndose.¹⁵ Este hecho habilita la confianza en esta cosmovisión y en la antropología que sustenta. Que el tiempo sea es la fuente de seguridad de la cosmovisión hebrea. Solo allí se vislumbra la esperanza temporalizada. De allí que, como metáfora de comprensión, con frecuencia se caracterizó al tiempo hebreo como un recorrido lineal. Esta es solo una analogía que lo representa.

Desde la narración bíblica, originalmente, todos los pueblos antiguos compartían certezas comunes acerca del inicio de la humanidad, al igual que el pueblo que luego se llamó “hebreo”. Con el tiempo, las cosmovisiones se diversificaron y algunos grupos se apartaron de ese tronco común.¹⁶ Entre ellos destacaron los precursores de la cultura griega, que, integrando elementos de otras tradiciones, fueron configurando una cosmovisión propia desde los siglos viii y vii a. C.

Desde la cosmovisión griega

Con la ruptura del orden semanal, las nuevas cosmovisiones fueron derrocando el tiempo. También se transformó la comprensión de la naturaleza humana. Luego se perdió la esperanza que prevé la eliminación del mal. La esperanza, que es futuro direccionado, nunca puede concretarse cuando el tiempo fenece.

Con el paso de los siglos, cuando aparecieron los pueblos de los cuales procedieron los griegos, la distancia con los orígenes creados era ya considerable. La historia de la creación había caído en el olvido. Cuando una parte de la sociedad humana se desvincula del Creador y del tiempo creado, imperceptiblemente genera otro tiempo que no es tiempo. Esta

¹⁵ Véanse los escritos de los profetas hebreos, tales como Daniel, Jeremías, San Juan, etc.

¹⁶ Génesis 6:1, 2, 5.

circunstancia desencadena peregrinaciones de búsqueda que reconfiguran las cosmovisiones y generan otras imágenes del ser humano. Esto fue particularmente visible en las travesías de la especulación, aun antes de la cultura que luego se consolidó como griega.

Mucho se ha tratado acerca de la constitución y el desarrollo del pensamiento griego. Pero es necesario puntualizar que lo que la Modernidad creyó como un avance evolutivo de la humanidad, gestado por los griegos, solo fue la sistematización de una parte de los aciertos originales, fuertemente entretejida con su degradación. Al perder los formatos temporales iniciales, perdieron todo.

La percepción del tiempo griego no tiene comienzo ni persigue finalidades. Para ellos, nada hay creado ni originado que permita que el tiempo sea. Luego, su formato circular de las edades, sin principio ni fin, fue una ficción creída salvífica para un hombre disperso.¹⁷ En su cosmovisión, el mal siempre fue. Distintas formas religiosas míticas¹⁸ y también filosóficas¹⁹ procuraron rescatar al ser humano perdido, proponiendo grandes ciclos que debían conjurar el mal, pero tratando de escapar del tiempo. Para salvarlo, imaginaron duraciones siderales instaladas en el cosmos que permitirían la desaparición de la maldad acumulada y la dispersión de los descartes temporales que la materia habría generado.

Fue “una manera de conjurar el pánico que infunde el devenir” (Serna Arango, 2009, p. 80). Pero, para que el tiempo no se extinguiera, lo hacían regresar periódicamente como un retorno eterno. Solo así, supuestamente, se podía comenzar de nuevo (Garrido, 2022), aunque sin cambiar nada. La leyenda de Sísifo lo ilustra.²⁰ Sin embargo, el tiempo cíclico

¹⁷ Eliade afirma que en las culturas antiguas el tiempo profano se cargaba de significado cuando se fusionaba con un tiempo mítico inalterable. De este modo, se accedía, supuestamente, a un tiempo trascendente que ofrecería sentido al presente, pero aboliendo el tiempo vivido, para acceder a un ámbito de seguridad metafísica (Eliade, M. [2000]. *El mito del eterno retorno*. Siglo XXI, pp. 41-55 y 90-91).

¹⁸ Véase, por ejemplo, Eidinow, E., y Kindt, J. (2023). *The Oxford handbook of Greek and Roman mythology*. Oxford University Press.

¹⁹ Platón y otros filósofos antiguos suscribieron a estos planteos.

²⁰ Sísifo, personaje mítico de la leyenda griega, fue condenado por los dioses a empujar una gran piedra hasta la cumbre de una montaña. Cada vez que llegaba a destino, la piedra rodaba hacia

nunca resuelve el mal: este permanece y se prolonga indefinidamente por la eternidad. Y es que un nuevo ciclo no expulsa la naturaleza del mal. “La concepción griega del tiempo según la cual los acontecimientos se repiten de forma circular impide crear un punto de referencia central desde el cual entender el pasado histórico y orientar el futuro” (Beriaín, 2008, p. 42).

Habían entendido que el tiempo del hombre transcurre en la realidad sensible y que comulga con el mal, el cuerpo humano incluido. Luego, para sobrevivir al enigma antropológico, dicotomizaron al hombre para acomodar en él el bien sin tiempo y el mal sujeto al tiempo. Así, perdieron al hombre real y crearon una ficción antropológica. Se ilusionaron con que la supresión del tiempo vendría en auxilio del ser humano. En el marco de la cosmovisión griega, al ser había que eximirlo del tiempo y situarlo en la dimensión atemporal, inmutable, abstracta. Esto promovería una especie de estabilidad ante la incertidumbre. Pero se desentendieron de las personas que viven (Kerbs, 2014).

Perdido el tiempo creado, la metafísica fue quedando en manos de unos pocos pensadores, mientras que la masa social quedaba a la deriva. Por su parte, el modelo hebreo había abierto la metafísica para todos.

Las dos cosmovisiones en cuestión nunca fueron coincidentes, aunque los filósofos intentaron compatibilizarlas durante la Edad Media. Pero el entrelazamiento provocó una hibridación por la cual todavía pagamos tributo. A modo de ejemplo, considérese la consolidación del antiguo mito de la inmortalidad del alma, reacomodado en la teología medieval.

La cosmovisión hebrea exigió el concepto de tiempo. La griega lo rechazó, incluyendo a las personas. La hebrea vinculó a todos los seres entre sí. La griega los separó y dispuso por encima una superestructura abstracta, atemporal: el ser. Este los eximió de un Dios creador y los habilitó a descomprometerse con el ser humano temporal que sufre y para quien no tenían solución. Los hebreos, que asumieron el tiempo, proyectaron un

el valle, razón por la cual Sísifo tenía que empujarla nuevamente hacia las alturas. Así transcurría su interminable tiempo.

futuro de redención. Los griegos no pudieron, salvo mediante los supuestos procesos de reencarnación que imaginaron salvíficos.²¹

El concepto de tiempo desnaturalizado desarticula los tres grandes ámbitos de la cosmovisión. El tiempo que niega a Dios y al cosmos también extingue al hombre. En la siguiente sección, se presentará al hombre en conjunción con los tres grandes ámbitos de la cosmovisión: primero desde la percepción hebrea monoteísta y luego desde la cosmovisión griega.

Hombre relacional y tiempo

Desde la cosmovisión hebrea, el amor y el libre albedrío —ambos inscritos en la temporalidad— fueron los ejes reguladores del bien humano, siempre relacional y jerárquico. La transgresión alteró este orden: el amor perdió su capacidad de cohesión, la libertad fue dañada y el ser humano quedó relegado al ámbito del mal, ajeno a toda ley.²² El olvido de los orígenes distorsionó la concepción del tiempo y la razón fue desbordada por la inestabilidad y las incongruencias. Ante la falta de explicaciones, surgieron mitos sociales que llenaron los vacíos. Algunos mantuvieron el monoteísmo hebreo centrado en el Dios creador y en un tiempo que transcurre; otros derivaron hacia un politeísmo creciente, sostenido por una percepción confusa del tiempo.²³ El viraje del monoteísmo al politeísmo fue gradual. También lo fue el deterioro social, hasta el punto de que ni siquiera hubo conciencia histórica capaz de registrarlo. Solo algunas leyendas antiguas evidenciaron un monoteísmo y su tiempo, retenido en la lejana memoria colectiva.²⁴

En esta condición, la ilusión social fue generando ficciones, realimentadas con nuevos mitos que, además, velaron por la permanencia de los

²¹ Hay ampliaciones de estos temas en Smith, R., y Falconier, M. (2017). *Filosofía de la educación en tiempos de búsqueda*. Publicaciones Universidad de Montemorelos.

²² Véase el relato bíblico en Génesis 3. También resulta esclarecedora la reseña de White, E. (1997). *Historia de los patriarcas y profetas*. Asociación Casa Editora Sudamericana.

²³ Génesis 6:1-5.

²⁴ Véanse las evidencias en la cultura sumeria, egipcia, china, entre otras. Generalmente, los autores presuponen, sin evidencias claras, un giro del politeísmo hacia el monoteísmo. Pero la historia hebrea registra un proceso inverso. Véase, por ejemplo, Smith, M. S. (2002). *The early history of God*. Eerdmans Publishing.

ya existentes.²⁵ Mientras los hebreos y sus antepasados comprendieron el tiempo desde el infortunio, las sociedades griegas y sus ancestros no pudieron comprender ese tiempo roto. Tampoco lograron captar el sinsentido de la interrupción del tiempo personal que impone la muerte, ni el recorrido doloroso que le precede.

El concepto de tiempo les resultó opresivo. Vieron al mal transcurrir en el tiempo. Creyeron que el tiempo se caracteriza por el suceder del mal. Este fue asumido como adversidad vinculada con la materia, supuestamente mala por naturaleza (posición opuesta a la de los hebreos). Para expulsar el mal, expulsaron el tiempo con el propósito de evitar las perturbaciones. No sabían que el tiempo es propiedad del bien y que había sido creado antes de la interrupción del mal. Aparecido el mal, este se desplazó en el mismo tiempo del bien porque no hubo otro. Desbaratada la concepción del tiempo creado, se disolvió definitivamente la conciencia de un Dios creador. La semana de la creación quedó silenciada.

Ahora buscaron eliminar la tan temible contingencia en soledad. Así simularon, incluso, la historia de la creación. Su originalidad consistió en invertirla; ya no fue Dios quien creó a los hombres, sino los hombres quienes que crearon a sus dioses. En ese contexto fue originándose una metafísica fragmentada. El orden jerárquico y de mutua dependencia relacional se rompió. La naturaleza humana pasó a condiciones ajenas a su propia existencia. Permanecieron el sufrimiento, la escasez, la ansiedad y el miedo.

El sosegado vaciamiento del ámbito de la divinidad excluyó al Dios del tiempo. Aunque su tiempo no se altera por arbitraje humano, en las conciencias dejó un espacio vacío. Pero las personas no resisten una divinidad ausente.²⁶ “... Existe una estructura antropológica que hace que el hombre *pueda* ser un ser religioso” (Gauchet, 2007, p. 31). La condición relacional lo exige. Si falta, la fantasía la crea. Así aparecieron deidades sustitutas, extraídas del cosmos (Buber, 2020) (véase la figura 1, fase B).

²⁵ El fenómeno de la creación de mitos no se restringe a la antigüedad, continúa en nuestros tiempos con tanta ingenuidad como lo fue en la antigüedad. Véase, por ejemplo, Kirk, G. S. (1970). *Myth: Its meaning and functions in ancient and other cultures*. University of California Press.

²⁶ Véase Scheler, M. (1929). *Philosophische Weltanschauung*. Friedrich Cohen Verlag, p. 26.

La sociedad se fue cargando de dioses.²⁷ “En el marco de los dioses, todo parece legal...” (Mansilla, 2023). Ahora, teniendo a los dioses bajo su control, perfeccionaron la atemporalidad, con la que aspiraban a evadir el mal. Ello significó un paulatino daño a la comprensión de la realidad de Dios y del discernimiento del cosmos. La conciencia vaciada de un Dios creador también produjo el vaciamiento de una conciencia del cosmos. Desde allí fueron extraídos los dioses del reemplazo: el sol, las ranas, la luna, el rayo, la serpiente, el buey, el río, entre otros. Las majestuosas manifestaciones del cosmos creadas por Dios los impactaron de tal manera que las transformaron en divinidades con las que procuraron, sin saberlo, simular a su originador.

La comprensión de los estatutos operativos de la vida se pervirtió (White, 1998). Luego, los intentos de una explicación acerca del ser humano fueron erráticos, imponiendo una deflación antropológica devastadora que cubrió a la geografía occidental (Sahlins, 2008). A diferencia de los hebreos, que mantuvieron un hombre entero, indivisible, los pueblos que se configuraron como griegos se obligaron a desdoblarse su naturaleza sensible y temporal en una paralela, el alma atemporal, lo que disipó su unidad. El hombre se autopercibió compuesto de dos partes: cuerpo y alma.²⁸

Las nuevas cosmovisiones operaron con tal fuerza que superaron la capacidad de comprensión racional. Con la eliminación de Dios y con la extracción de dioses robados al cosmos, se instaló un proceso involutivo, con una notable pauperización de las personas, que quedaron en soledad.²⁹ El hombre quedó a la deriva, solo, generando mitos que calmaban el desconcierto. “En las sociedades más primitivas, la ansiedad y el desorden se neutralizan por el efecto de lo imaginario, de lo simbólico,

²⁷ Las cosmovisiones contemporáneas no están libres de percepciones politeístas, aun el monoteísmo cristiano puede estar comprometido con aquellas. Véase, por ejemplo, Hedges, P. (2024). *Christian polytheism? Polydox theologies of multi devotional and decolonial christianities*. Routledge, Taylor & Francis Group.

²⁸ Aunque este planteo fue común a todos los filósofos griegos, fue particularmente incisivo en las ideas de Platón. Véanse, por ejemplo, las afirmaciones que aparecen en el *Fedón*.

²⁹ La mayoría de los autores observan la religiosidad primitiva desde este momento histórico, ignorando el progresivo deterioro humano previo, fruto de la creciente desorganización de las relaciones vitales, legalmente establecidas en la creación.

las prácticas ritualizadas” (Pániker, 2000, p. 197). Los efectos fueron vastísimos: la lucidez entró en crisis y se consolidó la orfandad humana.³⁰

Al perder las instancias superior (Dios) e inferior (el cosmos), las personas fueron quedando solas, sin referentes (véase la figura 1, fase C). Y comenzaron a vivenciar el dolor del vacío. Soledad. Agobiados por la inseguridad, los hombres se refugiaron en sí mismos. La formulación de una posible orientación salvífica quedó a la deriva. Los hombres comenzaron a ser la medida de todas las cosas.³¹ En soledad, las personas pasaron a ser sus propios peones.

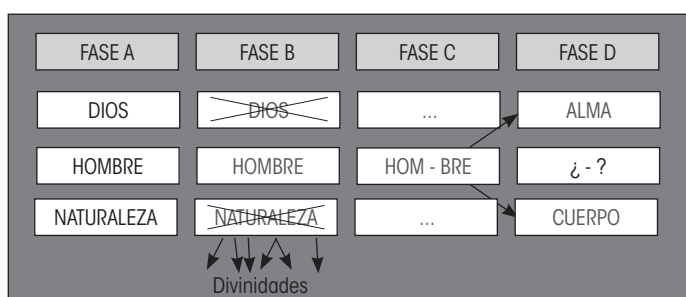


Figura 1

En el desarraigo, el hombre quedó autoexpulsado. En el destierro, las personas vivieron un tiempo desechado que, sin embargo, transitaban cada día. El mal permaneció como huésped de la condición humana. En la dicotomía autoimpuesta, una parte, el alma, fue asumida como divina; otra, el cuerpo, correspondió a la materia (véase la figura 1, fase D). Este dualismo caracterizó a la antropología durante siglos y aún subsiste. La naturaleza humana como totalidad indivisible desapareció de la conciencia occidental.

Esta dicotomía estampó la atemporalidad en la construcción imaginaria del hombre con una parte eterna y atemporal que sobrevive al cuerpo

³⁰ Esta perspectiva es muy enfática, propia de la cosmovisión hebrea (véanse las descripciones en el Pentateuco y en los análisis de los profetas hebreos). Una lectura que se asienta en otras cosmovisiones, más bien ve al ser humano como próximo al despertar de su conciencia.

³¹ Esta expresión recuerda a Protágoras, sofista griego del siglo V a. C.

luego de la muerte. Este dualismo impactó fuertemente a las construcciones de la psicología.

El mal se volvió soberano, sostenido por las divinidades creadas. Así, las personas huyeron del tribunal que acusa,³² sin origen y sin finalidad. En esta condición, el mal no es una instancia subsidiaria en una condición moral inferior, sino que aparece metafísicamente implícito, unido al cosmos (Kaufmann, 1960). La esperanza se perdió. Y la trama no penetró Occidente de forma pacífica e inocente. Los desencuentros de estas cosmovisiones ya habían sido anticipados con énfasis en el diseño temporal hebreo.³³ Y se cumplieron.

Lo ocurrido fue un movimiento temporal ficticio, asumido para que nada cambie. El hombre no está en condiciones de crear tiempo. Este transcurre, a pesar de todas las percepciones. Tampoco desaparecen los estatutos que lo sostienen, aunque las personas los cancelen. Durante siglos se procuró sanear el pensamiento liberándolo de la carga mitológica histórica. Para ello, imperceptiblemente, se fueron construyendo nuevos mitos para deponer los anteriores, bajo la presunción de acierto. Fue un desfase de vastas consecuencias. Así se sobrellevó a un hombre creado por los hombres en un tiempo que no sucede. Fue la “esquizofrenia primordial de Occidente”.³⁴

Los referentes Dios-cosmos habían caducado. La identidad de Dios y del cosmos, que marcaba los tiempos, se disolvió mucho antes de la aparición de la filosofía y de la antropología en particular.³⁵ Por su parte, aunque el filósofo parta de nociones tácitas, esto “no necesariamente implica que se tenga conciencia de ello y, menos aún, que se reflexione sobre ello. Lo común y normal es que esa conciencia y esa reflexión no existan...”

³² Véanse, por ejemplo, las creencias acerca del juicio diseñadas en el Egipto antiguo, en cuyos mitos incluyeron un plan de salvación que viene con la muerte y con la extinción.

³³ Véanse las anticipaciones de estas tensiones en los capítulos 2 y 7–12 del profeta hebreo Daniel, que se refuerzan con los planteos paralelos del escritor judío Juan el Apóstol.

³⁴ Aunque en otro contexto, la expresión pertenece a Joseph Conrad (2024). *El corazón de las tinieblas*. Debolsillo.

³⁵ Dadas las limitaciones de este ensayo, es apropiado constatar la configuración de estos procesos en las historias de la filosofía.

(Kerbs, 2014, p. 35). El control que estas nociones previas imponen se consolida en la historia y pasa inadvertido en el abordaje de las ciencias humanas (Kerbs, 2014).

Aunque con el andar de las edades se hicieron correcciones, la comprensión de la naturaleza humana disgregada —pero luego sistematizada por la cosmovisión griega— sigue siendo fragmentaria. En este marco, el hombre intentó resolver al hombre con la valiosa, pero limitada, razón humana.

Conclusión en tiempos de penuria

El abordaje de la persona humana siempre fue un desafío tanto para la reflexión como para la acción recuperadora. Un problema emergente radica en que, en ausencia de referentes, el hombre debe pensarse a sí mismo, sin saber si sus conclusiones son acertadas o si lo hunden en su extinción. Siendo que la cosmovisión es el recurso de apoyo que puede dirimir la perspectiva válida, su análisis es clave para dar seguridad.

Una cosmovisión que afronte el tiempo futuro, y que luego se concrete, puede habilitar un proceder reflexivo válido para abordar la compleja trama de principios que sostienen lo humano. En este contexto fueron consideradas dos grandes cosmovisiones fundantes del pensamiento occidental: la hebrea y la griega. En su comparación, es posible abrir un ámbito de reflexión fiable. Así quedamos en condiciones de asumir aquella perspectiva que mejor nos acerque a las leyes que sustentan la existencia humana.

En el ajetreo histórico de las ideas, se observa que, pretendiendo superar los condicionamientos de la antropología, primero se procuró eliminar a Dios; luego se intentó dismantelar el cosmos. En ausencia de estos referentes clave, la existencia del hombre quedó en jaque. Así se fueron ahondando las grietas y se instaló el desconcierto. En las búsquedas se desarrollaron creencias apócrifas, porque las personas tienden a creer lo que la cosmovisión heredada les permite creer. Aunque nos pese, buena parte de nuestra cosmovisión está culturalmente colonizada desde hace siglos. Resulta difícil admitirlo porque hemos nacido en una trama social

ya montada. Desprovistos de la capacidad para reaccionar, ignoramos el cauce a seguir. Por otra parte, si no se corrige la percepción de tiempo —incluyendo la significativa unidad temporal de la semana hebrea—, la cosmovisión que respalda la acción profesional sobre los humanos será fragmentaria.

En este marco, las ciencias humanas se desarrollaron como disciplinas vacilantes. La unidad indivisible de la persona, deformada, dejó sus fragmentos resultantes esparcidos durante muchos siglos. Buena parte del largo recorrido histórico de la filosofía fue un intento de reunir esas parcelas y establecer coherencia.

La partición del ser humano en alma y cuerpo no fue superada. La creencia en la inmortalidad del alma sigue siendo una perturbación. Ante la ausencia de claridad, la psicología y sus disciplinas afines corren el riesgo de promover la destitución del hombre, aun en nombre de su recuperación. No se advirtió que la racionalidad está condicionada por la cosmovisión que le da forma. Las cosmovisiones fallidas fueron las anfitrionas invisibles de la antropología. La razón, que se pretendía insobornable, estuvo contaminada por los mitos de todos los tiempos. Creyendo erradicarlos, se fueron creando nuevos. ¿Cómo puede un mito erradicar a otro mito?

La persona entera, indivisible, sigue siendo un desafío para la psicología. El ser humano es una instancia íntegra (no integral),³⁶ que, por ser creado, lleva las marcas distintivas que lo diferencian de otros seres vivos. Repensar al hombre entero, como unidad no desmontable, desde la psicología, es hoy un deber imperioso.

Una apropiada consideración de las cosmovisiones situadas en los orígenes de la cultura occidental puede afianzar la vocación de rehabilitar a las personas bajo la orientación profesional. Allí radica la importancia capital de comprender la naturaleza humana como unidad indisoluble, con frecuencia ignorada en el fragmentado mundo contemporáneo. Su esclarecimiento orienta los regímenes de recuperación en el marco de

³⁶ Véase Smith, R. (2014). *Replanteos en torno de la educación en Occidente*. Publicaciones Universidad de Montemorelos, pp. 92 y 93.

una concepción del tiempo. Las intervenciones terapéuticas del psicólogo solo prosperan en plenitud cuando se recupera el tiempo como efecto globalizador de una amplia trama restauradora. Entonces cobra sentido el abordaje del sufrimiento y de la redención humana. Para ello, la privilegiada posición de la cosmovisión hebrea abre una posibilidad de reflexión y de acción sin límites.

Los planteos aquí expuestos no cuentan con prescripciones para los profesionales de la salud mental. No se trata de conocer los pasos a modo de recetas, sino de presentar criterios que convierten a las personas para asumir la legalidad de la naturaleza humana. Se trata de una conversión. Y esta exige tiempo de maduración y de replanteo. Implica un proceso prolongado de comunión con la cosmovisión restauradora. La reflexión intencionada modificará las presuposiciones defectuosas mientras los aciertos van ocupando su lugar. Luego, la iniciativa responsable recae en el profesional que se compromete vocacionalmente con las necesidades de las personas.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos.
- Agamben, G. (2007). *Infancia e historia*. Adriana Hidalgo.
- Beriain, J. (2000). *La lucha de los dioses en la modernidad*. Anthropos.
- Beriain, J. (2008). *Aceleración y tiranía del presente*. Anthropos.
- Buber, M. (2020). *¿Qué es el hombre?* Caparrós.
- Dilthey, W. (2008). *Introducción a las ciencias del espíritu*. Alianza Universidad.
- Dobelli, R. (2012). *El arte de pensar*. Taurus.
- Ferry, L., y Gauchet, M. (2007). *Lo religioso después de la religión*. Anthropos.
- Garrido, A. (2022). *Las locas aventuras de la mitología griega*. La Esfera de los Libros.
- Han, Biung-Chul. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, Biung-Chul. (2014). *En el enjambre*. Herder.
- Han, Biung-Chul. (2015). *El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.
- Heidegger, M. (2021). *Ser y tiempo*. Trotta.
- Kaufmann, Y. (1960). *The religion of Israel: From its beginnings to the Babylonian exile*. University of Chicago Press.

- Mansilla, K. G. *Diálogos informales*, 24 de marzo de 2023.
- Pániker, S. (2000). *Filosofía y mística: una lectura de los griegos*. Kairós.
- Reynoso, C. (2015). *Corrientes teóricas en antropología: perspectivas desde el siglo XXI*. Sb editorial.
- Sahlins, M. (2008). *The western illusion of human nature*. Prickly Paradigm Press.
- Sánchez Meca, D. (s. f.). *Filosofía y pensamiento actual* [documento en línea]. Departamento de Filosofía, Universidad Nacional de Educación a Distancia. http://qinnova.uned.es/archivos_publicos/webex_tipomatricula/11877/filosofiaypensamientoactualguiadidactica.pdf
- Serna Arango, J. (2009). *Somos tiempo*. Anthropos.
- White, E. (1998). *La educación*. Asociación Casa Editora Sudamericana.

Anexo
La cosmovisión como sostén
de las ideas

